

Seminario: Sócrates y Confucio: proyecciones al siglo XXI

Elena Avramidou. 06.08.2026

Estimadas señoras, estimados señores,

Es un honor hablar aquí, en esta conferencia. Muchas gracias a los organizadores por la invitación, y también a todos ustedes, que nos honran con su presencia en este encuentro dedicado a Sócrates (470–399 a.C.) y Confucio (551–479 a.C.), dos pensadores que se encuentran en los comienzos mismos del pensamiento filosófico en Grecia y en China.

La pregunta que se plantea es: ¿por qué hablar en el siglo XXI de estos antiguos pensadores? ¿Qué aportan, o pueden aportar, casi 2.500 años después, a nuestro mundo globalizado? ¿Puede la antigua sabiduría responder a las crisis modernas?

La vigencia de este planteamiento se hace especialmente patente en el contexto contemporáneo, marcado por los conflictos bélicos, la crisis ambiental, el deterioro moral, la pérdida de confianza en las instituciones, las crisis de sentido y la creciente polarización del pensamiento. Frente a estos desafíos, las enseñanzas de Sócrates y Confucio adquieren una renovada actualidad.

Para el filósofo ateniense, el conocimiento y la virtud estaban estrechamente relacionados: una persona que realmente conoce el bien no puede actuar voluntariamente contra él. De ahí su famosa idea de que “una vida no examinada no merece ser vivida”. Su filosofía enfatiza la reflexión crítica, la búsqueda de la verdad y el autoconocimiento como fundamentos de una vida ética. Todo eso se consigue a través de un diálogo basado en preguntas y respuestas destinado a examinar las creencias de los interlocutores, desmontar certezas aparentes y conducirlos hacia una comprensión más profunda de conceptos como la justicia, la virtud o el bien. Se trata de su método filosófico, conocido como el método socrático o mayéutica.

A diferencia del enfoque dialéctico de Sócrates, Confucio se centra en la formación moral del individuo dentro de un marco social y relacional. Para él, la armonía de la sociedad depende del cultivo de virtudes personales como la benevolencia (*ren* 仁), la rectitud (*yi* 義) y el respeto por las normas rituales y sociales (*li* 禮). Confucio consideraba que el orden social se logra cuando cada persona cumple correctamente su papel en la familia y en la comunidad, guiada por el ejemplo moral de los gobernantes y de los sabios.

A pesar de las diferencias culturales y metodológicas, ambos pensadores coinciden en un punto fundamental: la filosofía no es simplemente un ejercicio teórico, sino una guía para vivir correctamente. Tanto Sócrates como Confucio entendían la sabiduría como un camino de formación ética que transforma al individuo y, a través de él, a la comunidad. Y mientras Sócrates buscaba despertar la conciencia crítica del ciudadano mediante el diálogo filosófico,

Confucio aspiraba a construir una sociedad armoniosa a partir de la educación moral y el ejemplo virtuoso.

En conjunto, el pensamiento de estos dos maestros representa dos de las grandes tradiciones filosóficas de la humanidad: la tradición crítica y dialógica de la filosofía griega y la tradición ética y relacional de la filosofía china. Explorar sus ideas no solo permite comprender mejor sus respectivas culturas, sino también reflexionar sobre preguntas universales acerca de la virtud, la vida buena, la convivencia social, la educación, el liderazgo y, también, sobre los desafíos del mundo contemporáneo. Entonces, ¿qué significan Sócrates y Confucio en el siglo XXI?

Sócrates en el siglo XXI significa diálogo frente a la polarización, educación como mayéutica, y una actitud contra la era de la desinformación y la desobediencia examinada. Su método filosófico, basado en el diálogo y la interrogación constante, promueve una actitud crítica frente a las creencias y opiniones establecidas. En una época marcada por la sobreabundancia de información, noticias falsas y polarización social, aprender a cuestionar, argumentar y examinar nuestras propias ideas resulta esencial.

Sócrates conversaba con sofistas, generales, artesanos y jóvenes aristócratas, buscando la verdad *con* el interlocutor, no *contra* él. La refutación (*elenchus*) era un instrumento compartido, no un arma para humillar. Hoy, cuando el debate público tiende al monólogo y a la cámara de eco, el modelo socrático propone algo radical: que el desacuerdo puede ser cooperativo.

En efecto, frente a la educación entendida como transferencia de datos, la idea socrática de "dar a luz" el pensamiento del estudiante se ha vuelto central en la pedagogía contemporánea: pensamiento crítico, aprendizaje activo, aulas invertidas. Irónicamente, la inteligencia artificial revaloriza a Sócrates: si las máquinas responden, lo humano es preguntar bien.

El método socrático es quizás el antídoto más antiguo contra lo que hoy llamamos posverdad. Sócrates no ofrecía información; ofrecía una disciplina para examinar la información. En un ecosistema de redes sociales, algoritmos y noticias falsas, su "sé que no sé nada" funciona como higiene epistémica: la humildad intelectual como punto de partida, no como debilidad.

Del otro lado, Confucio en el siglo XXI ofrece la educación moral y el desarrollo del carácter, la ética de los vínculos, la meritocracia, el buen gobierno, y la rectificación de los nombres. En sociedades cada vez más complejas y globalizadas, su pensamiento recuerda que la educación no debe limitarse al desarrollo técnico o profesional, sino que también debe contribuir a la formación del carácter y de la responsabilidad ética.

Frente al individualismo contemporáneo, Confucio recuerda que la persona no existe aislada: somos hijos, padres, colegas, ciudadanos. El *ren* 仁 (benevolencia,

humanidad) se cultiva en relaciones concretas. Esta visión relacional resuena con las críticas actuales al atomismo social, con la ética del cuidado y con la evidencia psicológica de que el bienestar depende de los lazos.

Confucio sostuvo que el gobierno corresponde a los virtuosos y preparados, no a los bien nacidos —idea que inspiró los exámenes imperiales chinos, antecesor remoto de todo servicio civil moderno. Su exigencia de que el gobernante sea ejemplar ("si el príncipe es recto, todo marcha sin órdenes") es una crítica permanente a la corrupción y al cinismo político.

Además, insistía en que las palabras correspondan a las realidades: llamar a las cosas por su nombre es condición del orden social. En la era del eufemismo corporativo, la propaganda y el lenguaje degradado de las redes, esta doctrina parece escrita para nosotros.

Por último, Sócrates y Confucio ante la ética de la inteligencia artificial. Aplicar a dos pensadores del siglo V a.C. al problema tecnológico más complejo de nuestro tiempo no es un ejercicio de palabras vacías: los dilemas centrales de la IA —qué es saber, qué es una buena relación, quién es responsable, qué debe automatizarse y qué no— son exactamente los suyos.

Hoy le preguntamos la IA y aceptamos la respuesta. Sin embargo, a veces las respuestas tienen el defecto más discutible de los modelos de lenguaje, el de la "alucinación": son verosímiles pero falsas, pura invención. La actitud socrática sería la contraria: someter al AI a elenchus, como el sometió a refutación la respuesta del oráculo de Delfi — la que decía que nadie era más sabio que Sócrates, y él pasó su vida examinando qué podía significar eso.

Entonces, la actitud socrática sería preguntar: ¿De dónde sale esta afirmación? ¿Qué se sigue de ella? ¿Se contradice? Es decir, el usuario socrático de IA no es el que la evita ni el que la obedece, sino el que la interroga. Sócrates exigía que la herramienta sirviera al examen propio, no que lo sustituyera.

En el *Fedro*, Platón pone en boca de Sócrates una crítica a la escritura que parece escrita para ChatGPT: la nueva tecnología dará "apariencia de sabiduría, no sabiduría verdadera"; los hombres recordarán desde fuera, por signos ajenos, no desde dentro. Trasladado a hoy: una IA que redacta tu ensayo te atrofia; una que te hace preguntas sobre tu ensayo te ejercita. La diferencia no está en la máquina sino en el uso: mayéutica versus dictado.

Para Sócrates, puedo delegar el cálculo, la traducción, la búsqueda; no puedo delegar el examen de mi propia vida, porque el valor está en el acto de examinar, no en el resultado. Esto traza un límite conceptual a la automatización: hay actividades cuyo sentido reside en hacerlas uno mismo (deliberar moralmente, perdonar, decidir cómo vivir). Una "IA que decide por ti qué es bueno" no es una ayuda defectuosa: es una contradicción en los términos.

En otras palabras, la pesadilla del filósofo griego sería la IA como sofista perfecto: persuasión masiva, personalizada e inexamable. Del otro lado, la pesadilla de Confucio sería la IA como disolvente social: soledad optimizada, vínculos sustituidos por simulacros, comunidades fragmentadas en burbujas.

Confucio sostenía que el desorden empieza cuando las palabras dejan de corresponder a las cosas. Es asombrosamente cercano al **Crátilo**, el diálogo de Platón dedicado íntegramente a la "corrección de los nombres". Allí Sócrates examina si los nombres corresponden a las cosas por naturaleza o por mera convención, y deja establecido que el lenguaje mal usado deforma el conocimiento de la realidad.

La ética de la IA está plagada de nombres sin rectificar: llamamos "inteligencia" a la predicción estadística, "aprendizaje" al ajuste de parámetros, "amigo" o "compañera" a un chatbot, "decisión del algoritmo" a decisiones humanas encubiertas. Cada nombre mal puesto desplaza responsabilidades.

El fenómeno más confuciano —y más inquietante— del momento es la IA de compañía: chatbots afectivos, novias virtuales, duelos digitales que "reviven" a los muertos. Para Confucio, las relaciones no son intercambiables: el vínculo padre-hijo, amigo-amigo, maestro-discípulo tiene cada uno sus deberes y su forma de reciprocidad, y en ellos se forja el *ren* 仁, la humanidad. La pregunta confuciana no es "¿puede un chatbot simular afecto?" sino "¿qué le hace a mi capacidad de reciprocidad practicar relaciones sin reciprocidad real?".

Es obvio que estudiar a Sócrates y a Confucio no es solo un ejercicio histórico. Sus enseñanzas ofrecen perspectivas que ayudan a enfrentar desafíos contemporáneos: desarrollar el pensamiento crítico, fortalecer la ética personal y comprender mejor la relación entre el individuo y la comunidad o el Estado. Por ello, su pensamiento continúa siendo una fuente valiosa de reflexión para la filosofía, la educación y la vida pública; una valiosa oportunidad para repensar la relación entre ética, conocimiento y política desde una perspectiva verdaderamente intercultural.

Además, una excelente oportunidad para reflexionar sobre un claro ejemplo de defensa de la libertad de pensamiento que constituye la muerte de Sócrates (399 a. C.): prefirió beber la cicuta y morir antes que renunciar a sus ideas o aceptar el exilio. Es, además, un ejemplo de coherencia extrema y de respeto a la ley: demostró que sus actos coincidían con sus enseñanzas sobre la justicia y la virtud, y mantuvo su lealtad a las normas de la *polis* ateniense aun considerando injusta la sentencia.

Se debe señalar que los primeros jesuitas que llegaron a China, a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, captaron de inmediato las similitudes entre la ética confuciana y la tradición filosófica griega fundada sobre Sócrates: en Confucio reconocieron a un maestro de la virtud comparable a Sócrates, a un "Sócrates chino", un pensador que, sin apelar a revelación alguna, fundaba la vida buena

en el perfeccionamiento moral, la rectitud y el ejemplo personal. Fue Matteo Ricci quien latinizó su nombre como *Confucius* y tradujo los clásicos confucianos, convencido de que aquella sabiduría antigua podía dialogar con el pensamiento occidental. Aquel primer encuentro entre las dos tradiciones fue, en cierto modo, el primer diálogo entre Sócrates y Confucio.

Este diálogo sigue siendo relevante, ya que permite acercarse a dos de las grandes tradiciones filosóficas de la humanidad. Comprenderlas, favorece una visión más amplia e intercultural del pensamiento humano, algo especialmente valioso en un mundo interconectado donde dialogan distintas culturas y sistemas de valores.

En conclusión, puede decirse que Sócrates y Confucio nunca han ejercido tanta influencia como en la actualidad. Ninguno gobernó. Y ninguno de los dos dejó obras escritas: el pensamiento socrático se conoce principalmente a través de los diálogos de su discípulo Platón, mientras que las enseñanzas de Confucio fueron recopiladas posteriormente por sus discípulos en el texto conocido como las *Analectas*.

Sin embargo, son patrimonio vivo de sus países de origen, que los invocan hoy como fundamento de su identidad y como instrumento de su diplomacia cultural. A lo largo de la historia, pocas figuras han ejercido una influencia tan profunda en la formación del pensamiento ético y político de sus respectivas civilizaciones como Sócrates y Confucio. Al mismo tiempo, no pertenecen únicamente a Grecia ni a China, sino a todos los pueblos que, a lo largo de veinticinco siglos, han encontrado en ellos preguntas y respuestas para la vida en común.

El siglo XXI necesita a ambos. Sin Sócrates, la armonía confuciana puede degenerar en conformismo o autoritarismo paternalista. Sin Confucio, la crítica socrática puede degenerar en cinismo y en sociedades incapaces de sostener vínculos y confianza. Nuestras democracias exigen las dos cosas: ciudadanos que cuestionen (Sócrates) y ciudadanos que se sientan responsables unos de otros (Confucio).